

Título: RAICES

Autor: "Pantera rosa"

Cuando alguien importante se nos va de nuestra vida, comenzamos a sentir las raíces que en nuestro ser ha dejado. Parece, que nos obliga a hacerlo renacer y tratar de seguir su vida, para podernos explicar el bien que nos hizo. Nuestro interior, aún roto por su partida, se revela a estar sin ese ser querido.

Eso explica, que un grupo de hermanos (por cierto numerosos) se decidan a pasar juntos un día de sus vidas, en un sitio especial.

No podía ser otro, que el pueblo donde nació "la matriarca", y del que tantas veces recordó desde su exilio.

"San Pelayo de la Guareña". Pequeño pueblo que lleva el nombre de su patrón. Encuadrado en la comarca denominada "Tierra de Ledesma". Al norte de la provincia salmantina, con 94 habitantes, pero con dos importantes monumentos de mundial importancia.

Uno, la joya del románico que constituye su iglesia. Su interior recuerda un anfiteatro romano, pues el público asiste a los actos religiosos, desde un graderío parecido al de aquellos circos o teatros de Roma. El exterior guarda una cabecera de románico puro, difícil de encontrar por su excelente conservación.

El otro monumento nada tiene que ver con las piedras, pero sí con lo antiguo. A la puerta de la iglesia, nos encontramos con una morera,

posiblemente milenaria, que impresiona por su grandeza y conservación. Hace pensar, si no será de la época de los Vaceos. (Dice la historia, que estas tribus, se afincaron en ambas márgenes del Tormes, donde están ubicados ahora los pueblos de: Villamamayor, Pino de Tormes, Almenara, lo que fue el pueblo de Tejares etc.. Los habitantes de estos pueblos, se dedicaban a la cría del gusano de seda, y como es lógico, abundaban por aquí este tipo de árboles). Bueno, pues el que nos ocupa, yo diría que ya es monumento nacional por su espectacularidad. Curtido por mil rayos, que han dividido su tronco en cuatro ramas heridas, que alcanzan cada una los tres metros de diámetro. Si a eso se suma que cuando le vimos estaba lleno de fruto, pues el espectáculo no podía ser mejor.

Alrededor de estas dos joyas, se movió el grupo en tan inolvidable día. En primer lugar, asistiendo a una entrañable Misa. En ella no faltaron recuerdos para la finada por parte del párroco. Ni tampoco faltó una preciosa poesía, que uno de sus hijos escribió para ella. Se veían miradas hacia lo alto, como si se previera la llegada en cualquier momento de la madre que nos dejó. El pueblo, participó en la celebración y se unió a esta familia, como parte interesada, pues se trataba de un homenaje en honor a alguien suyo.

¡Qué gente mas maja! . ¡Con qué cariño hablaban de la familia de aquella mujer!. Cómo conforta a los hijos el escuchar que sus antepasados fueron gente de bien.

Finalizado este acto, la comitiva se acercó a ver lo que fué la casa y corral donde “La hija de la Jacinta” vivió. Aquí sí que se rompen los esquemas y el corazón te da un vuelco. No puedes menos de imaginar a aquella mujer, ayudando a su madre. (Viuda joven y por cierto con seis hijos pequeños).

Ya hace más de 90 años de aquello y no por eso, los sentimientos vividos en esta visita son menos profundos ni menos actuales. En el “cicerone” del pueblo, se veía a la paisana que un día conviviría con ellos y cómo la querían. Con que sencillez, pero con que orgullo hablaba de sus paisanos. Con qué fuerza defendía su historia. Cómo se le llenaba la boca de las excelencias de su pueblo. Qué alegría le había causado, que descendientes de una lugareña, volvieran precisamente a su pueblo para recordarla.

Después de vivir esta experiencia, me asalta un pensamiento. Sabemos que venimos de la tierra y a ella tendremos que entregarnos algún día. Pero antes, busquemos dentro de ella, las “raíces” que nos hicieron nacer. Solo así, dejaremos constancia de que hemos pasado por este mundo, y mañana alguien escarbará la tierra buscando las nuestras, aunque ya estén tan profundas como la morera de San Pelayo.

Pantera rosa